

DOMINGO XII.

DESPUES

DE PENTECOSTES.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO Á LOS ROMANOS
cap. 5. v. 1. 5.

Hermanos: Justificados pues por la fé, tengamos paz con Dios por nuestro Señor Jesu-Christo: Por el qual tenemos tambien la entrada por la fé á esta gracia, en la qual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de los hijos de Dios. Y no solamente esto, mas nos gloriamos tambien en las tribulaciones: sabiendo que la tribulacion obra paciencia, y la paciencia prueba, y la prueba esperanza: Y la esperanza no trahе confusion: porque la caridad de Dios está difundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que se nos ha dado.

INSTRUCCION.

Si considerasemos, hermanos míos, los provechos y las ventajas que nos procura la fé, sin duda corresponderiamos mejor á la gracia, por la qual somos llamados á ella, y vigilaríamos con mas cuidado para conservar este precioso depósito. Con este fin nos presenta hoy la Iglesia esta pequeña parte de la Epístola del Apóstol á los Romanos que abraza la idea mas completa de la fé. Los Christianos que desconocen esta virtud, se verán confundidos y humillados; pero aquellos que se alimentan con ella, y siguen constantemente sus principios, sentirán sus prodigiosos efectos, hallarán abundantes consuelos, y tendrán prontos recursos en sus aflicciones y trabajos. Por tanto, dedicaos á conocer la fé que habeis recibido en el bautismo: estimadla, y corresponded á ella con fidelidad para que no sea un objeto de confusion para vosotros: tenedla siempre por compañera en todas las tentaciones de la vi-

da, y conseguireis la victoria. Para que yo pueda daros á conocer estas verdades fundamentales, implorad la gracia del Espíritu Santo.

Justificados pues por la fe, dice el Apóstol, tengamos paz con Dios por nuestro Señor Jesu-Christo. Nada prueba mejor la gracia de nuestra justificación que el íntimo enlace que ella tiene con la fé. Ni nuestros méritos, ni nuestras obras han tenido poder para sacarnos de las tinieblas á la luz, del pecado á la gracia, y de la muerte á la vida; pero Dios ha hecho resplandecer sobre nuestras cabezas un rayo de su verdad eterna, se ha dignado revelarnos misterios superiores á la razon, nos ha dado los auxilios necesarios para conocerlos, ha impreso en nuestras almas un sentimiento íntimo que nos mueve á creerlos y amarlos, y como si la sumision que nos inspira naciese propiamente de nosotros, nos la recibe como un mérito personal, nos la atribuye como un acto de justicia, y nos concede para recompensarla la gracia de la justificación, y con ella una paz sólida que no conoce el impio.

En efecto por la fé, dice el Após-

tol, tengamos paz con Dios por nuestro Señor Jesu-Christo, por el qual tenemos tambien la entrada por la fé á esta gracia. La fé pues, hermanos míos, es la que produce la justificación, y la paz; y así podemos decir que todos los justos tienen paz; ¿Pero no vemos todos los dias muchas almas puras é inocentes contristadas y llenas de disgustos, que no pueden disipar á pesar de todo su cuidado? Preguntadlas si tienen fé, y os responderán que su espíritu está siempre agitado con dudas violentas acerca de la verdad y la santidad de nuestros misterios: que quanto mas hacen para calmar su espíritu, tantas mas agitaciones padecen, y que siempre ven abierto un abismo impenetrable delante de sus ojos. Si sondeais su corazon con relacion á la esperanza, os dirán que siempre ven á Dios armado con los rayos de su justicia: que la menor falta que cometen les parece digna de las penas eternas: que quando se deslizan en alguna de aquellas flaquezas que la humanidad casi hace inevitables experimentan una agitacion, y unos remordimientos que el impio no suele padecer en los desórdenes mas

vergonzados. Preguntadlos sobre la caridad, y les oireis decir que jamas sienten en su corazon ese fuego sagrado en que se abrasan las almas fieles, y que aunque se esfuerzan para amar á Dios, como es justo, apénas pueden resolverse á ello, ni hacer materialmente los actos que la religion prescribe. ¿Podrémos decir que reyna la paz en una situacion tan triste? Sí, hermanos míos. Quando la conciencia no nos acusa de pecados graves: quando á pesar de toda la agitacion interior que padecemos detestamos el pecado, y le evitamos: quando cumplimos con toda exâctitud nuestras respectivas obligaciones, podemos estar seguros de tener la paz con Dios, aunque no se gocen sus delicias. Entónces viviremos tranquilos en las agitaciones mismas; porque, como añade el Apóstol, en la fé estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de los hijos de Dios. Nuestra gloria por tanto tiene mas solidez que aquella que infla el corazon de los hijos de los hombres. En efecto, ¿qué gloria puede ser la que no tiene otro fin que la aprobacion y el sufragio de ciertas personas esclavas del error, cu-

yos aplausos nunca recompensan los trabajos que hacen para adquirirla, que hoy aprueban lo que condenan mañana, y que siguen en los elogios que prodigan, no la equidad, sino su propio interes! La gloria de los hijos de Dios se opone en un todo á la vanidad ó vanagloria, no solo en los motivos que la producen, sino tambien en sus efectos. Un Christiano fiel á su Dios es verdaderamente grande: grande por la persona á quien sirve, que es el Señor á quien se debe toda obediencia: grande por sus obras, las cuales se conforman todas á las leyes de su sabiduría infinita: grande por los derechos que adquiere, porque la humildad le ensalza abatiéndole delante de su Dios: en fin, él es su amigo, su confidente mas íntimo, y el heredero mas cierto. Esta esperanza le sostiene y le anima, y quanto mas se alimenta de ella, tanto mas firme está en las resoluciones que toma hasta en la misma afliccion; y miéntras que los malos se desesperan en las tribulaciones que les sobrevienen, el justo se glorifica en las suyas como el Apóstol.

Qualquiera pues, hermanos míos, que sea el motivo de que se valga el hom-

bre para mitigar su afliccion, no es posible que borre la idea que tenemos de nuestra flaqueza. Recorred para comprobar esta verdad todas las especies de miserias de que Dios se sirve para humillarnos, y vereis por todas partes la nada de nuestra naturaleza. La pérdida de los bienes anuncia su fragilidad y la nuestra: las enfermedades presagian la corrupcion que nos espera en el sepulcro; la muerte de nuestros padres, de nuestros hijos, de nuestros amigos, señala el término que tenemos destinado: las calumnias, las detracciones, y las perfidias descubren nuestros defectos, ó á lo ménos manifiestan la posibilidad de cometerlos; en fin, las faltas en que incurrimos casi sin sentir, y que debemos poner á la cabeza de todas nuestras tribulaciones, son un argumento cierto de la depravacion de la naturaleza. En efecto, á qualquiera parte que volvamos los ojos, ya sea dentro, ya sea fuera de nosotros, no vemos con el Sabio, sino afliccion de espíritu, y cargos que nos humillan, y nos prueban nuestra miseria. Sin embargo, el Apóstol quiere que saquemos gloria de todas estas tribulaciones en la esperanza de

los hijos de Dios. Este es el gran secreto que nos descubre para poderla encontrar con seguridad. Si nuestro corazón está penetrado de esta esperanza, todas las cosas mudan inmediatamente de semblante; en los bienes que perdemos no vemos un vacío que nos dexa en la indigencia, sino un cambio ventajoso, el qual por el sacrificio que hacemos nos procura otros bienes que no se consumirán jamas: las enfermedades las miramos como un medio para separarnos utilmente de los objetos que seducirian nuestro corazón, y como una expiacion necesaria del abuso que habíamos hecho de nuestra salud y de nuestras fuerzas: la separacion de nuestros amigos, y la muerte de nuestros parientes solo nos dexan sentir y llorar el corto espacio que nos privamos de su vista y de su compañía; pero entre vemos en esta misma desgracia una union próxima y permanente fundada sobre la caridad. ¿Qué importa que nos calumnien, que se descubran y publiquen nuestros defectos, que se desconozcan nuestros beneficios! ¿No hemos cometido faltas mucho mas graves en la presencia de nuestro Dios? ¿No

será útil que se reprehendan nuestros excesos, y que se nos dé una idea de los delitos de que somos capaces si nos abandonamos á la perversidad del corazón? Si somos culpables, nos humillamos, nos affigimos; pero esta afficcion lleva en sí misma una gloria que Jesu-Christo parte con nosotros. ¡Qué consuelo, hermanos míos, tener un Dios por asociado de nuestras miserias! ¡Qué felicidad la de haber sido sacados del abismo del pecado para ser levantados á la gloria de los hijos de Dios! No, ya no me avergonzaré de mis afficciones, sabiendo, como dice el Apóstol, que la tribulacion obra paciencia, y la paciencia prueba, y la prueba esperanza.

La afficcion, hermanos míos, tiene todos los medios necesarios para santificarnos. Hace mucho tiempo que dixo Tertuliano, que los suplicios no hacian los mártires, sino la causa porque se padecian. Acontece algunas veces que los Christianos, quando se hallan anegados en los trabajos y llenos de dolores, se sirven de expresiones poco meditadas, comparando sus males con los de estos primeros defensores de la fé; pero para convencerme de la justicia de su

comparacion con los mártires, deberán decirme con el Apóstol, cuál ha sido la afficcion que han sufrido con paciencia; si han hecho de sus tribulaciones una verdadera prueba en la qual hayan mantenido pura su fé; si ha sido sólida su esperanza, y ardiente su caridad. Entónces reconoceré y aplaudiré su buena disposicion; pero al mismo tiempo les preguntaré á qué tantas quejas y murmuraciones: porque si es verdad que estan persuadidos, como lo estaban los mártires, y como nos lo manifiesta el Principe de los Apóstoles, de que los males de esta vida no tienen comparacion ni proporcion alguna con la gloria que por ellos tenemos preparada; no deben murmurar de ningun modo, sino llevarlos con paciencia, y tributar á Dios continuas acciones de gracias, porque nuestra esperanza no trae confusion. Dios, hermanos míos, léjos de abandonarnos, nos dará tales bienes y consuelos que sobrepuyen con mucho nuestra esperanza, y que sean superiores á quanto se nos puede decir. ¡Qué infelices seriamos, si despues de vivir sujetos á trabajos penosos, si despues de renunciar las inclinaciones lisongeras, y de huir

con perseverancia de los placeres mas sensibles, no tuviesemos que esperar cosa alguna! Pero la esperanza no trae confusion.

En efecto, ¿qué idea podriamos formar de nuestro Dios, si el justo y el impio tuviesen la misma suerte? ¿Qué diriamos de su sabiduría si confundiese con un olvido eterno al que le adora y al que le ultraja? ¿Será posible que me haya dado en vano esa luz que me hace discernir el bien, esa centinela que me advierte de los peligros, esos remordimientos que me detienen? ¿Veré apagarse esta antorcha con mis días para sepultarme en una noche funesta? Filósofos orgullosos, si estas son vuestras máximas, si de esta suerte ilustrais la humanidad, perezca para siempre vuestra falsa sabiduría, y sus consecuencias detestables. Decis que voy errado, no importa: yo prefiero mis tinieblas á vuestras luces engañosas y falaces. Decis que me alimento con una quimera que ha formado la imaginacion para seducirme, y alucinarme; pero vosotros quisierais darme una verdadera mentira. No, mi esperanza no trae confusion, y por tanto alejaos de mí, pues que vuestros es-

fuerzos han de ser vanos. El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espiritu Santo, y es el garante de las promesas que nos hace. Este amor es el que me cierra el oido á vuestros discursos: este amor es el que me instruye de vuestras mentiras: en fin, él es quien hace mi esperanza firme en el tiempo, y quien debe coronarla en la eternidad. Así sea.

EVANGELIO DE SAN LUCAS,
cap. 10. v. 23. 37.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discipulos: Bienaventurados los ojos, que ven lo que vosotros veis. Porque os digo, que muchos Prophetas y Reyes quisieron ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oir lo que ois, y no lo oyeron: Y se levantó un Doctor de la Ley, y le dixo por tentarle: ¿Maestro, qué haré para poseer la vida eterna? Y él le dixo: ¿En la Ley qué hay escrito? cómo lees? El respon diendo dixo: Amarás al Señor tu Dios de todo tu cora-

zon, y de toda tu alma, y de todas tus fuerzas, y de todo tu entendimiento: y á tu próximo como á tí mismo. Y le dixo: Bien has respondido: Haz eso, y vivirás. Mas él queriéndose justificar á sí mismo, dixo á Jesus: ¿Y quién es mi próximo? Y Jesus, tomando la palabra, dixo: Un hombre baxaba de Jerusalém á Jerichó, y dió en manos de unos ladrones, los cuales le despojaron: y despues de haberle herido, le dexaron medio muerto, y se fuéron. Aconteció pues, que pasaba por el mismo camino un Sacerdote: y quando le vió, pasó de largo. Y asimismo un Levita, llegando cerca de aquel lugar, y viéndole, pasó tambien de largo. Mas un Samaritano, que iba su camino, se llegó cerca de él: y quando le vió, se movió á compasion. Y acercándose, le vendó las heridas, echando en ellas aceyte y vino: y poniéndolo sobre su bestia, lo llevó á una venta, y tuvo cuidado de él. Y otro dia sacó dos denarios, y los dió al Mesonero, y le dixo: Cuidamele: y quanto gastares de mas,

yo te lo daré quando vuelva. ¿Cuál de estos tres te parece que fué el próximo de aquel, que dió en manos de los ladrones? Aquel, respondió el Doctor, que usó con él de misericordia. Pues ve, le dixo entonces Jesus, y haz tú lo mismo.

INSTRUCCION.

Los justos, hermanos míos, que temen al Señor, tienen mucho que aprender, y que aprovechar en la compañía de los malos. Dios no permitiría esta mezcla de malos y de buenos si su Providencia no supiese sacar grandes ventajas, así para su propia gloria, como para la santificación de sus escogidos. En efecto, el pecado sin perder un ápice de su malicia, es muchas veces en el orden de su divina sabiduría la ocasión de sus mas grandes misericordias.

Esta verdad se comprueba en muchos lugares del santo Evangelio. Jesu-Christo viene frecüentemente á las manos con los Fariseos, y se ve expuesto á

todos sus tiros y contradicciones. Un espíritu de envidia les dicta, ó las preguntas mas capciosas, ó las respuestas mas ofensivas. Este trato doble y malicioso parece que debia empeñar á Jesu-Christo á huir de ellos, ó á lo ménos á guardar un profundo silencio á su vista; pero sin embargo nunca dexa de responderles, y se aprovecha de estas ocasiones para establecer las máximas mas sólidas de la moral christiana. Así podemos decir que somos deudores á los Fariseos en alguna manera de las parábolas sensibles y tiernas que nos ofrece el santo Evangelio.

En efecto, ¿qué cosa mas interesante que la parábola que Jesu-Christo hace al pueblo en el Evangelio de este día? ¿No sentimos dentro de nuestro corazón al escucharla, un afecto de compasión el mas tierno ácia este pobre pasajero que después de haberle despojado los ladrones, le hieren y le dexan medio muerto? ¿No nos penetramos de la admiración mas sincera por el Samaritano caritativo que viene á su socorro? Hermanos míos, vamos á mover en nuestro corazón estos sentimientos; y para ello implorad la gracia del Espi-

ritu Santo, y escuchadme con toda atención.

La superioridad de la doctrina de Jesu-Christo era sin duda muy conocida de los Fariseos quando se valen ordinariamente para preguntarle de aquellas personas mas versadas en el estudio de la ley. Es verdad, que con el fin aparente de consultarle, y en realidad, con el de sorprenderle en sus palabras, envian en una ocasión á uno de sus discípulos; pero esto lo hacen una sola vez, y por lo regular se presentan siempre los Príncipes de los Sacerdotes y los Doctores de la Ley. Hoy es uno de estos hombres, quien se levanta y le habla para tentarle; pero reflexionad, hermanos míos, sobre la circunstancia de este suceso, y conoceréis toda la malicia de los Fariseos. Sin duda que el pueblo al acercarse un Doctor á Jesu-Christo pensaria que la dificultad que iba á proponerle, era una de aquellas mas obscuras que ha puesto Dios en la ley, para exercitar la humildad y la fé de los mas sabios é instruidos; pero todo ello se reduce á decirle: Maestro, ¿qué haré para poseer la vida eterna? ¿Qué! ¿Un Doc-

tor duda sobre una materia tan fácil y conocida? ¿No es insultar la Sabiduría Eterna el hacer una pregunta que hubiera resuelto sin trabajo el último de sus oyentes? ¿No es esta conducta la que también teneis, hermanos míos, quando venis á preguntarnos sobre las cosas mas claras y mas bien establecidas, mientras que si dieseis una vuelta á vuestro corazón, encontraríais mil objetos sobre los cuales sería mas conveniente y necesario instruiros? Pero me direis que no buscáis otra cosa mas que la luz y la verdad, y que deseáis hallar personas ilustradas para depositar en su seno todas vuestras dudas é incertidumbres. Este es un error crasísimo, porque todas vuestras preguntas estan ya satisfechas si queréis fixar vuestra atención.

Jesu-Christo no entra con este Doctor en largas discusiones sobre la naturaleza de la felicidad á que aspira, ni sobre los medios de llegar á ella. Esto hubiera sido lisongear su amor propio y autorizar su malicia; y así reduce toda su instrucción á una pregunta llena de sabiduría y de bondad. ¿En la ley qué hay escrito? ¿Cómo lees? Como si

dixese: tú conoces la ley pues que estás encargado de enseñarla á los demás; ¿por qué pues me preguntas como si no la conocieses? Consultala, y ella te dirá lo que debes hacer para conseguir la vida eterna. Esta pregunta debia ciertamente imponer silencio á este Doctor si hubiera venido de buena fé á consultar á Jesu-Christo; pero era la malicia quien le conducia, y así no se confunde ni acobarda. En este pasage teneis, hermanos míos, una lección muy importante. Si os aplicaseis como era debido al estudio fundamental de la ley, encontraríais en ella los medios mas poderosos y eficaces para resolver vuestras dudas, para destruir las malas inclinaciones, y arreglar vuestras costumbres. ¿De dónde provienen los desórdenes que produce el libertinage sino de la ignorancia en que vivimos de la ley de Dios, y del abandono de nuestras obligaciones? En efecto, ¿quáles son los ejercicios, y cuál la instrucción del tiempo precioso de la juventud? Atención, padres y madres, á fin de que en adelante mostreis mas aplicación y cuidado sobre la crianza de vuestros hijos. Los unos abusando de su pobreza, los

crian y mantienen en una ociosidad criminal. Si les hacemos presente que la caridad les proporciona todos los medios de que pueden necesitar para instruirlos, y que con este fin se han establecido escuelas públicas gratuitas donde pueden concurrir libremente para aprender á ser ciudadanos útiles, y christianos fieles, nos responden que nada de esto necesitan, porque para aprender un oficio, ó qualquiera otro destino proporcionado á su clase, bastan unos muy medianos principios; y si queremos persuadirlos de la insuficiencia de su razon, y del perjuicio trascendental que trae á su posteridad semejante crianza, suelen ó no escuchar las razones, ó despreciarlas, ó tal vez insultarnos. Esta, hermanos míos, es una materia que pide mucha atención. La mayor parte del pueblo es pobre por necesidad, y ya que su ignorancia y su indolencia causa tantos perjuicios á la sociedad en que viven, justo es que dediquemos todo nuestro esmero para sacarlos de este infeliz estado. El Gobierno para esto nos presta siempre sus auxilios, y establece varios cuerpos destinados para dar educacion

y socorro. Aquellas personas que por un efecto de caridad toman sobre sí esta carga, deben cuidar sobremanera de hacer todas las diligencias que sean mas propias para instruir y socorrer á estos pobres, de manera que se desarraigüe de la masa del pueblo una ignorancia tan perjudicial. Si la instruccion no bastase para enseñarlos el modo de educar sus hijos, deben compelearlos con amenazas, deben tomar otras medidas correccionales; y si todavía esto no fuese suficiente, deben suspenderles hasta que hayan satisfecho una obligacion tan sagrada, los socorros que la caridad de los fieles pone entre sus manos. Este castigo será tal vez suficiente; pero si no se remedia todavía su indolencia, si no corrigen sus costumbres para no dar malos ejemplos, en este caso será muy oportuno arrancar los hijos del poder de padres tan malos, y que se substituya el Gobierno, ó estos mismos cuerpos en su nombre, para darlos una educacion conveniente, y análoga á los fines del estado.

Otros Christianos ocupados todo el dia en el trabajo, pretenden echar de sí

el cuidado de instruir á sus hijos baxo el pretexto de necesitarlos para su servicio, á fin de que ayuden en quanto puedan á la manutencion de la casa, y de esta suerte los separan del estudio de su religion, y les privan de la enseñanza de las reglas morales que son tan necesarias para su conservacion misma. Estos pecan tambien gravemente en este punto. Por decontado faltan al amor de Dios, el qual les manda criar á sus hijos de tal manera que sean dignos adoradores de la Magestad suprema. Tambien ofenden al próximo, porque con su exemplo le quitan el mayor de todos los bienes, á saber, los medios de salvacion que la Providencia le concede. Estos pecados son de mucha trascendencia, y por tanto conviene instruir á semejantes Christianos haciéndoles entender que el trabajo, y las ocupaciones de la vida no son de modo alguno incompatibles con la enseñanza y la virtud.

Pero vamos á hablar de otra clase, en la qual son todavía mayores los defectos, y es la de las gentes ricas, y que en el mundo se llaman de gran distincion. ¿En qué consiste la brillante edu-

cacion de sus hijos? Voy á presentaros una reseña para que por ella vengais en conocimiento de los daños que esta clase causa á la sociedad. Apenas llegan los niños á la edad de seis ó siete años quando se les llena de maestros, los unos para el canto, otros para tocar el instrumento mas análogo á su gusto, otros para la danza, diversion peligrosa por la disipacion que trae consigo, y mas peligrosa todavía por las amistades que se toman, y por las pasiones que se fomentan. Se enseña á las niñas todas aquellas gracias, ademanes y modales que pueden servirles de atractivo: se llena la memoria de los niños con hechos históricos indigestos y sin método: algunas veces les enseñan las ciencias mas abstractas y elevadas que no corresponden de ningun modo ni á su edad, ni á su condicion: se les da una ligera nocion de todas las religiones del mundo: se les hace viajar á países que no han de ver otra vez, donde relajan ó empeoran sus costumbres: además de todos estos maestros se les pone á el lado un director, que llaman ayo, el qual suele ser un hombre de pocos alcances, y que solo procura con-

templar al niño y á sus padres por su propio interes, y éste con enseñarle una cierta compostura exterior, á usar palabras comedidas, y á cierto mogigatismo (que así puede llamarse) en materias de religion y de piedad, no procuran de modo alguno formarles en la sólida virtud, ni les dan las reglas de una moral christiana y política. En fin, la educacion de estos niños es en todo superficial; y de aquí resulta que, quando salen de las casas de sus padres, desplegan toda su relaxacion, y no conociendo fundamentalmente ni al Criador ni á su ley, contraen los vicios y las costumbres mas groseras, y se hacen odiosos á todos los demas ciudadanos. ¿Pero qué diremos de aquellos padres que para descargarse de la educacion de sus hijos, los ponen en Colegios y otras enseñanzas, donde con sus freqüentes visitas, y con la contemplacion de los maestros y directores apenas dan un paso ni en las ciencias ni en la virtud? Estos, hermanos míos, no conocen ciertamente sus obligaciones. El cargo de la enseñanza es propio y peculiar de los mismos padres, de los quales los hijos recibirían siempre las instruccio-

nes mejor que de qualquiera otro extraño, porque irían acompañadas del amor paternal. La ignorancia sola, y la relaxacion puede ser la causa para que aparten de sí á sus hijos, violando los derechos de la naturaleza. Bien considero que puede haber alguna circunstancia que justifique esta separacion; pero en lo general es un abuso muy digno de llorarse, porque de aquí resulta que los mismos hijos no tengan el amor y respeto que deben á sus padres: de aquí resulta la indiferencia con que miran sus desgracias, y que considerándose libres de toda relacion y dependencia, tengan una conducta destituida de aquel miramiento que pide su estado. ¿Y qué diré de las madres que se dedican á corromper el pudor y la honestidad que sacan sus hijas de las casas de enseñanza, y que presentándolas en el gran mundo, ponen todas sus diligencias para enseñarlas aquel descoco y libertad con que ellas se presentan? Vosotros mismos, hermanos míos, veis todos los dias las conseqüencias de semejante abuso y relaxacion, y nosotros que somos depositarios de lances muy graves, conocemos la necesidad de la reforma en este punto.

Del abandono pues que se padece generalmente en la crianza de los hijos, procede esa ignorancia casi hereditaria en la mayor parte de las familias; ignorancia que lleva consigo todos los extravíos de la razon. Nada importa la instruccion que se adquiere en las ciencias; la principal consiste en el conocimiento de la buena moral, y en la práctica de las buenas obras, porque sin duda han de ser ellas la parte mas principal de la enseñanza. Algunos padres se precian de sabios, y lo son en efecto, ménos en la parte directiva de sus hijos; ¿pero qué responderán quando se les pregunte acerca de la ley? ¿Podrán acaso con sus pretendidas luces autorizar su abandono? ¿No les dicta la religion la obligacion estrecha de enseñar á sus hijos segun las miras y la doctrina de Jesu-Christo? ¿Sobre qué podrán fundar las dudas que afectan sobre si una accion es permitida ó prohibida? ¿La ley no les dice con toda claridad lo que deben practicar? Pero dexemos ya, hermanos míos, esta materia, y veamos cómo responde el Doctor de nuestro Evangelio á la pregunta que le hace Jesu-

Christo, para deducir nosotros una regla que nos dirija en todas nuestras acciones.

Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazon y de toda tu alma, y de todas tus fuerzas, y de todo tu entendimiento: y á tu próximo como á tí mismo. He aquí, mis hermanos, á lo que está reducida toda la ley de Jesu-Christo, y así le dixo: bien has respondido: haz eso, y vivirás. Sin embargo el Doctor, queriéndose justificar á sí mismo, ó deseando, por mejor decir, satisfacer y lisongear su orgullo, y su malicia, dixo á Jesus: ¿y quién es mi próximo? Para entender bien estas palabras, debeis saber, hermanos míos, que en los dias de Jesu-Christo estaba del todo desfigurado este precepto del amor del próximo. Los Fariseos enseñaban publicamente, que no debía entenderse por próximo sino la familia, los amigos, los parientes, y los habitantes de un mismo pais, que tenían una misma religion; pero que un desconocido, un extrangero, un Samaritano, no solo no debía interesarnos en sus desgracias, sino que merecia todo nuestro desprecio. Jesu-Christo

to predicaba una moral distinta enteramente, y extendia la obligacion de la caridad hasta los enemigos mismos; pero quién podia mejor señalar los límites de esta ley que el Legislador, el Maestro y el modelo de los hombres? Ved, Christianos, de la manera que satisface una pregunta tan maliciosa. El Evangelio nos refiere que tomando la palabra, dixo: un hombre baxaba de Jerusalem á Jericó, y dió en manos de unos ladrones, los quales le despojaron; y despues de haberle herido, le dexaron medio muerto, y se fuéron. Aconteció pues, que pasaba por el mismo camino un Sacerdote; y quando le vió, pasó de largo. Y asimismo un Levita, llegando cerca de aquel lugar, y viéndole, pasó tambien de largo. Mas un Samaritano que iba su camino, se llegó cerca de él: y quando le vió, se movió á compasion.

Permitidme, hermanos míos, que abandone por un instante la letra de nuestro Evangelio, para sacar de esta parábola una verdad interesante á los pecadores. Este hombre detenido y robado en el camino, nos representa la imagen de un alma, que por su desgracia

ha caído en la tentacion, y que ha perdido la túnica preciosa de la inocencia; y nos ofrece dos consecuencias infinitamente saludables: la primera debe inspirar á los pecadores un vivo aborrecimiento al pecado, porque en efecto él es la causa de las pérdidas considerables que sufren en el orden de la salvacion, y de las llagas vergonzosas que los deshennan á la vista de su Dios: la segunda pertenece á todos los Christianos, y debe penetrarlos de compasion ácia los pecadores para no insultarlos nunca con palabras de desprecio, ni con otros dichos que puedan ofenderlos en qualquiera manera; pero tambien deben no hacer ostentacion ni vanagloria de una justicia que pueden perder con tanta facilidad, porque en el camino peligroso de esta vida nadie está seguro de la violencia y de la perfidia de los enemigos de la salvacion. Este hombre herido, abandonado y medio muerto quedó por algun tiempo en este funesto estado sin tener el menor auxilio. Un Sacerdote de la ley es el primero que percibe este triste espectáculo; pero no se mueve á compasion. ¡Qué ins-

truccion , hermanos mios , nos presenta este pasage ! Este Sacerdote insensible á las necesidades y miserias en que se halla constituido este infeliz , debe ser un motivo para exâminar nuestra propia conciencia , y desterrar todo espíritu de indiferencia y de dureza.

Dios mio , no permitais que yo separe la vista de tantos miserables , á quienes una indigencia perpetua , una desnudez universal , y las llagas mas peligrosas y funestas han puesto en el caso de excitar la compasion para remediar sus males : concedednos , Señor , la voluntad de poder trabajar eficazmente en el consuelo y alivio de todos los que reclaman nuestra asistencia y nuestro socorro. Pero el hombre de nuestro Evangelio todavía subsiste en el mismo abandono , porque el Levita que se acerca á aquel lugar sigue los mismos pasos del Sacerdote. ¿Quién será pues el que dará un socorro á este miserable ? Si la ley de la naturaleza y la religion no han podido obligar á un Sacerdote y á un Levita , ¿podrá tener conmiseracion un Judío , un desconocido , ó por mejor decir , un enemigo ? Ya sabeis , hermanos mios , que habia

un cisma muy considerable entre los habitantes de Samaria y los de Jerusalem. El nombre solo de Samaritano era tan odioso , que los Judíos echaban mano de él como una de las invectivas é injurias mas picantes ; y los Fariseos para manifestar todo el desprecio que hacian de Jesu-Christo , le llamaron en muchas ocasiones Samaritano. Tal era el ódio que habia entre estos dos pueblos , que tenian interrumpido todo su comercio ; y así quando Jesu-Christo encontró á la Samaritana junto á los pozos de Jacob , y la pidió agua para beber , se admiró ésta sobremanera de que un Judío la tratase con tanto cariño , y exigiése de ella un servicio semejante.

Sentado este principio , no deberemos admirarnos de que la parábola de que se vale hoy Jesu-Christo para enseñar la doctrina del amor del próximo pareciese tan extraña á los Fariseos. Un Samaritano es con efecto el que viene despues del Sacerdote y del Levita ; ¿pero mostrará la misma indiferencia ? No , hermanos mios , luego que vé á este miserable , se mueve á compasion , y acercándose le cura las heridas , le

pone sobre su bestia, le lleva á una venta, y le cuida con toda la atencion posible. La caridad, dice San Pablo, es benigna; y así el Samaritano se baxa del caballo para considerar de cerca la situacion de este infeliz. La caridad es paciente, y lo sufre todo: el Samaritano no se desalienta, ni por las llagas del enfermo, ni por los demas ineconvenientes que pudieran sobrevenir; y así procura consolar y suavizar su desgracia. La caridad no busca sus propios intereses: el Samaritano olvida los suyos, y desprecia los perjuicios que pudiera ocasionarle su detencion. La caridad no se limita á las circunstancias presentes, porque nunca llega á extinguirse: el Samaritano no se contenta con sacar dos denarios y dárselos al mesonero para que cuide el enfermo, sino que le previene que quanto gastare demas se lo dará quando vuelva.

Ya pues, hermanos míos, que no puedo extenderme por la estrechez del tiempo sobre la aplicacion de esta parábola, voy á daros con San Agustin una breve idea de su sentido, para que por ella vengais en conocimiento de los beneficios que os dispensa Jesu-Christo.

to. El universo entero, dice este Padre, estaba gravemente enfermo: el infierno habia reunido todo su poder para destruirle, y por desgracia le tenia ya consternado y abatido con las llagas que habia hecho en su cuerpo; pero baxa del cielo Jesu-Christo, y penetrado como este Samaritano de nuestras miserias, se acerca á nosotros para considerar las enfermedades que padecemos: echa en nuestras llagas el aceyte de su gracia y el vino precioso de su sangre adorable: toma nuestra semejanza, y con ella todas nuestras heridas, como dice el Profeta; y no contento con haber derramado una vez su sangre por nosotros, establece en su Iglesia unos Sacramentos, cuya eficacia durará tanto como nuestros males: en fin no satisfecho con haber pagado la culpa de todos los pecadores, quiere tambien satisfacer todas las deudas que pudieran contraer en adelante. Este es, hermanos míos, el sentido genuino de nuestra parábola, y el mas propio para interesar nuestro corazon; pero el Fariseo no llega á penetrarlo, y Jesu-Christo se contenta con pedirle una aplicacion literal. ¿Quál de estos tres, le di-